

por *Sebastián Salazar Bondy*
Sobre Arte Sagrado

En una amigable mesa redonda, realizada el sábado último en el local de la Alianza Francesa, el Padre André-Vincent habló a un grupo de arquitectos, profesores, críticos y artistas peruanos sobre los problemas del arte sagrado de nuestro tiempo. Fué una cordial sesión en la cual, primero a través de la palabra de Héctor Velarde y luego por la intervención de otras personas asistentes, este maestro dominico conoció los problemas que, en lo relativo al arte religioso, preocupan a los especialistas nacionales. A fin de cuentas, dichos problemas forman parte de los más vastos que en estos días hacen meditar a tantos teóricos, y son, en nuestro medio, reflejo de un fenómeno universal. El arquitecto Velarde, director del debate, situó la conversación en su justo punto: cómo llevar a cabo el ideal de que las obras artísticas del culto, desde el templo hasta los ornamentos, pasando por la imaginería, respondan a un verdadero espíritu estético y sean, al mismo tiempo, medios de la piedad y creaciones dignas de una admiración artística pura. A la abrumadora proliferación de "pastiches" y piezas estereotipadas de mediocre gusto es necesario oponer un arte que emane de un legítimo ánimo poético, de un auténtico impulso de espiritualidad. Es necesario, sin embargo, saber que normas han de guiar tal propósito, sobre todo después de las experiencias en tal sentido hechas en Francia.

La Lección del Cuzco

Como es lógico, no se podía esperar que el Padre-Vincent respondiera con una o varias fórmulas mágicas. A una alusión al arte popular peruano, el interrogado llevó el problema a una perspectiva precisa. Las vírgenes de la pintura cuzqueña, con sus trajes rígidos y piramidales, en contraste con la expresión facial de honda dulzura e incontestable humanidad, fueron objeto de su elogio. Esas imágenes reflejan, en su concepto, lo humano y lo sagrado, por que el artista se ha expresado con sinceridad: su objetivo ha sido la comunión con Dios a través de su obra, y lo ha logrado. Ahí hay un camino. Lo mismo se halla en la Catedral del Cuzco, donde los elementos sagrados de lo incaico se han conjugado con la técnica del arte hispánico, lo cual

ha dado por resultado esa solidez, ese reposo, esa solemnidad, que puede, de otra parte, descubrirse en todas las construcciones de la antigua capital quechua.

El hecho es que no puede crearse un arte mixto por la simple combinación de las formas, si esa combinación no responde a una estrecha unión del espíritu de esas formas. Al afirmar esto, el Padre André-Vincent puso el dedo en la llaga. Lima lo ha decepcionado en lo que al arte sagrado se refiere debido precisamente a ese sabor reconstituido que ofrece al ojo avisado la arquitectura de nuestros templos. Se ha pretendido —y esto ha sido evidente para muchos limeños, cuya voz de protesta se levantó oportunamente cada vez que el remedo quiso imponerse como método—, objetivamente, sin emoción, como un acto racional, construir yuxtaponiendo elementos tradicionales, tenidos como definitivos, en una mezcla densa, opaca, vacía. ¿Acaso no vemos surgir sin pausa iglesias parroquiales que por su estructura y su presencia plástica rechazan toda manera de devoción simple y emocionada? ¿No afean muchos barrios —y aun sectores céntricos y residenciales— algunos templos pesados, imitaciones mediocres de modelos transnochados, dentro de los cuales se elevan esos altares vanos, plagados de imágenes industriales, sin estilo ni belleza? Se plantea así un interrogante premioso: ¿Cómo hacer para impedir este peligro para el arte y, también, para la fe?

Todo un Milagro

Existen instrucciones de Roma al respecto, pero entre nosotros no han sido respetadas. Hace años se cierne sobre la ciudad la amenaza de una basílica cuyo proyecto arquitectónico está en conflicto con dichas directivas del Vaticano, y no parece que haya nada que impida su construcción. El secreto del fenómeno de esta difusión del mal gusto lo manifestó el Padre André-Vincent. El pueblo necesita y exige que el templo sea lo insólito: de ahí que no se incline por los modos que salen de sí. Las supuestas formas tradicionales poseen aquel carácter y, además, son inteligibles. El arte de nuestro tiempo, debido precisamente al divorcio entre el artista y el público, no posee tal rasgo. En vano tratarán los arquitectos de desterrar la solicitud de construcciones que estén en contraste con la sensibilidad moderna, si no hace de sus realizaciones obras que reúnan los dos requisitos esenciales a toda creación artística: sinceridad e inteligibilidad.

Sin duda alguna, el problema de la crisis del arte sagrado en nuestro tiempo está íntimamente vinculado con el problema de la crisis de la fe. La experiencia de Francia —donde inclusive artistas heterodoxos como Matisse o Chagall han sido llamados a colaborar— ha demostrado que la intervención de arquitectos, pintores y escultores, considerados como ajenos a los problemas del arte religioso, contribuye poderosamente a la renovación del gusto en las obras de arte del templo y constituye una muestra de que el mayor homenaje a la divinidad (la iglesia y todo lo que ella contiene) sólo puede realizarse hondamente si la tarea se le confía a quienes, por su vocación y su entrega al espíritu, están preparados para realizar el prodigio de una arte sagrado libre de impurezas y eterno. A esta certeza responde la afirmación del Padre Couturier, que citó el Padre André-Vincent el sábado en la mesa redonda que comentamos: "Encontrar una verdadera obra de arte sagrado moderno es todo un milagro". Podríamos añadir que milagros como ése no nos ha sido dado contemplar todavía en el Perú.